La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 27 de abril de 1891 — Núm. 487

Regalo á los señores suscritores de la Biblioteca Universal Ilustrada



¡VALIENTE BREVAJE!, cuadro de D. Antonio Fabrés (Salón Parés)

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Pequeñeces del mundo y de las letras. – Escándalos sociales. – Las Memorias de Talleyrand. – Sus metamorfosis inexplicables. – Desencanto que las Memorias han traído á los curiosos. – Imposibilidad absoluta de que pudieran interesar teniendo su autor motivos tantos para callarse. – La memoria de Talleyrand no se ha restaurado, pero sí el salón de Artaxerxes. – Milagros arqueológicos. – Ruinas caldeas, asirias, persas. – La pantomima de Nerón en el hipódromo de París. – Recuerdos históricos. – Muerte de Barnum. – Conclusión.

I

Por espacio de un mes el público madrileño, muy propenso á perder su tiempo en rumores chismosos y consejas vulgares, ha corrido tras las *Pequeñeces* del padre Coloma, como tras un fenómeno jamás visto, con curiosidad rayana en triste universal neurosis, en esa exaltación insanísima de los colectivos nervios sociales. Extraordinarias coincidencias han contribuído á este interés público mucho más que la bondad intrínseca del artefacto y del artífice. Tras una polémica, muy semejante á disputa, empeñada entre dos escritores, cual mi amiga eximia Emilia Pardo Bazán y el aplaudido Pereda, respecto del acierto y competencia respectivos en describir la entidad más ó menos real que llamamos gran mundo, apareció esta novela, y al aparecer se la presenta por mero espíritu polémico cual perfecta fotografía del disputado y célebre objetivo. Añadid á esto un pique de malicia, que columbra con más ó menos razón personajes vivos en los personajes presentados por el escritor monástico, y explicaréis por qué se armó una de cuentos, que acabaron suministrando su comidilla natural á las murmuraciones y á los murmuradores desocupados, los cuales ya pudieron hablar de otra cosa que del clima y del tiempo en Madrid. Pero no hay tamaño conocimiento de la sociedad aristocrática, ni tales carneros, en la obra devorada por los que aquí aprenden á leer para no coger nunca un libro, como si aprendiesen á montar sin caballo y á nadar sin agua. Lo que hay es un intento monástico y frailuno, que trasciende á cien leguas, de pintar el mundo peor de lo que siempre ha sido en sí mismo á fin de que aparezca mejor el claustro. Y á este objeto se han coleccionado en apelmazadas é incorrectas páginas todas cuantas calumnias aquí suelen soltar todos, unos contra otros, en las horas de mal humor, sin decir aquello mismo que piensan en sus antojos de rabia ó envidia, ni pensar aquello mismo que dicen. Estos libros de social escándalo embargan el ánimo un minuto, como el proceso de la Higinia ó de la Claudia, para desaparecer bien pronto en olvidos tan hondos y tapados como las cloacas. Ha dado en llamarse moderno al arte que pinta los individuos y no los tipos. Con su pan se lo coman aquellos que tal hacen ó creen. Como la ciencia es lo universal pensado, es el arte lo universal sentido. Si la ciencia os da un montón de particulares hechos, y no las leyes generales, y no el sistema, ¿para qué la ciencia? Y si el arte os da lo particular, lo individual, el accidente, la circunstancia, lo pasajero, y no lo típico, ¿para qué las artes? Por tal nueva estética, el pintor industrial que lleva una máquina de fotografiar al minuto y os sorprende y sobrecoge cuando las muelas ó las tripas os duelen, debe aparecer más retratista que Velázquez ó Moro, quienes, en la intuición soberana propia de sus inspiradísimas almas, han trasladado á lienzos inmortales todo cuanto de perdurable y por ende característico había en los personajes ó en los modelos de sus cuadros. No conozco sitio ninguno donde las gentes más se oculten que en las fiestas y en las reuniones del gran mundo. Lugar pésimo éste para conocerlas y observarlas. No puede, no, en tal espacio y en tal sazón mostrarse la virtud, mucho menos divertida y sobria que los vicios. El claustro propende á la hipocresía; el placer y la diversión al escándalo. En ciertos ambientes aparece la virtud ridícula. El gomoso tiene á gala mentir que le ha favorecido una perfecta casada que ni siquiera lo ha mirado. Una gran señora, incapaz de mostrar en el hogar la castísima garganta, se desnuda sin escrúpulo de medio cuerpo arriba en el baile. Se come, se bebe, se murmura, se disparata mucho allí, para que aparezca la naturaleza humana en toda su verdad. Y no pintemos el cuervo más negro que las alas. Una ligereza, un coqueteo, una grande algazara no se compadecen mucho, á pesar de su escándalo y de su estruendo, con la perversidad, quizás callada é hipócrita, que piden los crímenes y necesitan los criminales. Observad cómo siendo la gran sociedad escogida, se compone de pocos hasta en Madrid mismo, en que hay grande anchura de manga para recibir y tratar; y componiéndose de pocos, aquellos que se repelen, suelen topar unos con otros muchos; y al repelerse de veras y encontrarse con frecuencia, sienten terribles afectos conocidos con el nombre de odio á bordo, muy experimentado entre los pasajeros de largas travesías, quienes concluyen por querer echarse mutuamente al agua. Así debe decirse de cuanto refieren unos y otros de sus enemigos mutuos, lo mismo en la sociedad política que en la sociedad aristocrática, lo que decía Montesquieu de un abate francés, en otro tiempo muy su amigo, con el cual se había enojado: «Lo que diga el abate de mí, así como lo que yo diga del abate, no lo creáis, pues hemos reñido.» En política el fanatismo llega por desvarío y desatino hasta creer una virtud la calumnia, lanzada sobre vuestro enemigo, que se os aparece á través de las arraigadas convicciones como un enemigo de la patria. Por tal razón hay que tener grande altura de ánimo y de juicio para juzgar, tanto en vida como en muerte, á vuestros émulos de profesión ó de clase. Y no hay que recoger esas pequeñeces, engrandeciéndolas con los reflejos del arte. Odia el delito y compadece al delincuente. Como confesor puede un sacerdote castigar al vicioso; como predicador sólo puede castigar el vicio. Y digo igual de los escritores. No todo cuanto hacen los personajes históricos es propio de la historia. Y lo mismo pasa con los personajes dramatizados ó novelados. En el arte no debe haber, no, personas individuales; en el arte debe haber siempre personificaciones eternas. Obras como *Pequeñeces*, deprimen y no exaltan. Obras que deprimen, marran en su ministerio y en su finalidad. El árbol sirve para transformar en la bomba de sus raíces el mineral en vegetal, en algo más vívido y orgánico. Pues el arte debe servir para transformar la realidad en ideal. Un arte que sólo sirviera para deprimirnos equivaldría en el fondo á una religión que sólo sirviera para desmoralizarnos. La religión es moral y belleza el arte. Pasemos á otro asunto.

II

Otro escándalo se apercibía en Europa con las Memorias de Talleyrand; pero ha marrado. Este hombre, que parece haber vivido, no en dos siglos, dos siglos, tenía cien caras y conciencias diversas que miraban á todos los horizontes. Republicano, imperialista, borbónico, en estas metamorfosis apenas concebibles había presenciado tantas escenas históricas, y conocido tantos personajes diversos, y atravesado por catástrofes sociales tan parecidas á las catástrofes geológicas, y salido del incendio de tantas guerras, y andado por las grietas volcánicas de tales revoluciones, y erguídose sobre los amontonamientos de tal número de ruinas, y salvádose con tal fortuna en los naufragios, y recibido tantas veces los fustigueos del rayo, que todos aguardaban unas revelaciones en las cuales quedaran como al desnudo sus contemporáneos, los principales fundadores de la moderna sociedad, expuestos á innumerables yerros y aun crímenes, en las trombas vertiginosas de unas tempestades casi cósmicas, cuyas ráfagas arrastran la voluntad individual y cuyos centelleos eclipsan la humana conciencia. Obispo, revolucionario, dantonista, termidoriano, napoleónico, chambelán de todos tribunos y de los reyes, copartícipe capital en todas las obras diplomáticas realizadas durante su larga existencia, obras en cuyos fundamentos se alzara todo el derecho internacional europeo; confidente de reyes tan originales como Luis XVIII y de césares tan iluminados como Alejandro I; consejero de Barras y de Bonaparte y de los Borbones y de Luis Felipe, su historia personal está en las encrucijadas de todos los caminos, y en el fondo de todas las inundaciones, y en los estragos de todos los terrenos, y en las pavesas de todos los incendios, y en el cruor de todas las cicatrices, y en el alma de todas las creaciones, y en el abismo de todos los sepulcros, y en el fondo de todo cuanto sucediera poco después de la gran revolución francesa y poco antes de la revolución del 48; es decir, en el Sinaí de nuestra religión política, en el Génesis de nuestra edad contemporánea, en el seno de todas nuestras creadoras y múltiples metamorfosis. El ha personificado, como ningún otro república, el maquiavelismo, expirante ya en este nuestro tiempo de franqueza y de verdad liberal; él ha sido como la última reproducción de Enrique VIII, de Luis XI, de Fernando V, de Alejandro VI, de César Borgia, de los estadistas que creían la Razón de Estado una diosa, digna de recibir en sus aras, como en sublime holocausto, la virtud y el honor. Cuando Felipe I el Hermoso volvía de un viaje desde los estados hereditarios suyos á los estados hereditarios de su mujer, como dirigiéndose á su suegro, Fernando V, le contase que Luis XII en París mismo se le quejara de haberle tres veces consecutivas engañado el rey Católico, replicó éste: «Miente como un bellaco; lo menos lo he engañado treinta.» Pues así era Talleyrand, el representante dentro del período revolucionario de la vieja teoría maquiavélica, verbo de la centuria décimaquinta, hecha hombre á un tiempo en varios reyes, grandes y consumados, pero dobles y embusteros. Talleyrand asistió á los Estados Generales y oyó la voz de Mirabeau, á cuyos estampidos bambolearon los tronos y surgieron los pueblos; ascendió revestido con sus opalandas episcopales á la tribuna de aquella grande asamblea del 89, donde, mientras los nobles inmolaban los feudos de sus progenitores, él inmolaba los bienes del clero; dijo misa en el Campo de Marte por clérigo juramentado, para unir en matrimonio, más ó menos sacrílego, el nuevo derecho popular con la vieja Iglesia Católica; dirigió y aconsejó al Directorio, después de haber escapado con certero instinto al terror, asiéndose á una especie de simulada plenipotencia en Londres; fué de los primeros en doblegarse ante Napoleón el Grande y de los primeros en abandonarlo también, así que vió eclipsada su estrella en el año 14 y en el año 15; lo mismo aconsejó á un Barras que á un Sieyes, lo mismo á un Sieyes que á un Borbón, lo mismo á un Borbón que á un Orleans; chambelán, privado, favorito, ministro, plenipotenciario, embajador, alma de todos sucesivamente, que no podían prescindir de sus servicios ni cuando más recientes y más vivas estaban sus traiciones. Cierto que las prodigó á todo el mundo, á la Iglesia y á la revolución y al imperio y á la legitimidad y al orleanismo, servidos y deservidos alternativamente, según que les sonreía ó no la fortuna, en quien siempre hallaba derecho y razón.

III

Con una historia de tamaños contrastes, nada tan lógico y natural como una espera impaciente de las confidencias, arregladas á su gusto por el mismo Talleyrand en los ratos de ocio, y publicables tan sólo medio siglo tras su muerte por expresas disposiciones testamentarias suyas. Así nunca de libro alguno se habló más antes de su publicación y menos después de publicado. Los que aguardaban escandalosas revelaciones debían olvidarse de que Talleyrand hubiera desmentido su complexión y carácter, proponiéndose indisponerse con todos en su muerte tras haber vivido de todos en su larga y tormentosa existencia. Un literato como Bulwer y un juzgador como St. Beuve destinaron libros enteros á presagiar de qué suerte se presentaría el ministro de todos á contar la relación de sus variaciones ante todos. Pero quien había mudado tal número de relucientes casacas, y recibido por estos cambios tanto número de relucientes millones, obispo apóstata, clérigo casado, político sorprendido en burdeles, cortesano de todos, multiforme, amigo de todos los vencedores y enemigo de todos los derrotados en la hora misma del cambio de sus posiciones y fortunas, debía tirar, más que á traer las culpas de los demás en mientes, á cohonestar y cubrir las propias con el atenuante de la mala ocasión y de las difíciles circunstancias. El sobrio y penetrante St. Beuve lo supo, cuando hace muchos años dijo cuál difícil cosa escribir historia como la historia de Talleyrand, y cuán imposible su esclarecimiento por las memorias y autonografía del héroe, quien, actor consumadísimo, se afanaría por colorar su vida más que por referirla. Sin embargo, decidle tal verdad á un público ansioso de profundas emociones y empeñado en que los escritos póstumos

del romancesco ministro había de granjeárselas. Y como esto no podía ser, pensando racionalmente, vino el desengaño y con el desengaño la creencia de que se habían las Memorias cambiado, sustituyéndolas por otras muy recompuestas y recalentadas. *El Fígaro*, diario á veces donosísimo, echólo á broma y supuso haber extraído de aquellas páginas enorme suma de sentencias, á cual más extravagante, provocando con tal publicación calaveresca una réplica del grave duque de Broglie, depositario de las Memorias, muy ocasionada por el senil candor en ella patente á burlas y chacotas. Así, repitámoslo, escritas las Memorias con mesura y refiriendo hechos muy sabidos, que todos leyéramos cien veces, aunque aguardadas cincuenta ó más años, no sustentarán el interés general cincuenta días.



EN LA PRADERA, cuadro de A. Montemezzo

IV

Más fácil ha sido restablecer en París el salón de Artaxerxes que restablecer la historia de Talleyrand. No creo haya en parte alguna los fragmentos y ejemplares de las artes asirias coleccionados en las maravillosas galerías del riquísimo Louvre. Aquellos tigres tallados en rojo pórfido, aquellas esfinges avizoras que representan el género humano desciñéndose de las especies inferiores, los bueyes coronados de tiaras persas que sustentan sobre sus ciclópeas frentes de mármol aras enormes cual montes, los colosos con sus tigres parecidos á canes falderos bajo el brazo, las legiones de graníticos gigantes por tal modo allí gallardean que parecen reunidos para irse á sostener de nuevo en sus espaldas el imperio inmenso cuyos jefes animaron las arenas del desierto y contaron los astros del cielo. Mas entre tantos curiosos ejemplares, lo que más aviva el interés y más lo merece con verdad, es aquella colección de arqueros del rey Nabucodonosor, hechos de tierra cocida y vivos en su coloración de hoy, realzada por los siglos, cual no lo estuvieron al salir de los moldes enormísimos donde los vaciaran tantos y tan hábiles alfareros caldeos. Yo recuerdo que, hallándome un día en casa de mi eminente amigo Charcot, me convidó el ilustre director de las galerías á ver los arqueólogos antes de que los viera el público. ¡Cuál no sería mi asombro cuando me hallé con que los inventores de tantas maravillas, los que habían excavado el desierto y extraído los relucientes ejemplares, eran un matrimonio compuesto de dos seres por todo extremo

GRAN CANARIA. – VALLE DE SAN ROQUE EN EL CAMINO DE TAFIRA

sabios, pero también por todo extremo débiles! ¡Oh! La mujer, sobre todo, bajita, menuda, tierna, delicada, se había ido por los desiertos caldeados como el hierro cereza, por las marismas traidoras que guardan tras cada junco una serpiente ponzoñosa, entre moles de ladrillos en que abren sus madrigueras el tigre y el león, bajo un cielo espléndido que llueve gotas á gotas venenos de fiebre, sobre una tierra que parece vasto cementerio de pueblos petrificados en enormes osarios que parecen geológicos, los cuales por doquier diluyen la tristeza y la muerte. Verdaderamente la diferencia viva entre la debilidad manifiesta de aquellos inventores y lo enorme y lo colosal de su invención, me dejó tan maravillado como la vista de los sátrapas y de los cortesanos con sus sandalias rojas, sus togas amarillas, sus armaduras verdes, sus petos relucientes, sus barbas rizadísimas, sus cabelleras en bucles, sus cascos persas en la frente, sus collares de pedrería en el cuello, sus escudos áureos al brazo, sus brazaletes al puño, los carcaxes llenos de flechas agudísimas á la espalda y en las manos el certero arco, cual nos los describen á una en sus *Apocalipsis* y en sus *Lamentaciones* los viejos profetas bíblicos, que han dado su más alta y más bella religión, la religión de Moisés, completada por Cristo, á la doliente humanidad. Pues bien: estos incansables arqueólogos empeñados en resucitar el imperio caldeo, el imperio asirio, el imperio persa, nos acaban otra vez de deslumbrar con reciente maravilla, la reconstrucción del salón de Artaxerxes. Aquellos palacios de los déspotas persas parecían, como las habitaciones de los déspotas egipcios y asirios, ciudades completísimas. Las ruinas de Persépolis, habitadas hoy por el kurdo y por el turcomán, quienes abren cavernas en sus dispersados fragmentos, componen cordilleras de grises mármoles, cortadas en espacioso anfiteatro á guisa de cuenca ú hoya natural. Sobrepuestas las moles unas á otras creeríais que las habían subido á lo alto ciegas fuerzas de la naturaleza y no el trabajo y la industria, pues semejan verdaderos montes caídos en masas enormísimas unos sobre otros. Por sus rampas hay espacio para que suban en filas extensas legiones de jinetes. Sus intercolumnios, algunos erguidos todavía, parecen pertenecientes, por su grosor y por su enormidad, á otro planeta, y os impresionan como los montes de la blanca luna vistos por los lentes del escudriñador telescopio. Alternan las columnas cilíndricas en las pilastras cuadradas como en los edificios asirios, y sobre sus estrías, en el superior friso, álzanse cabezas dobles de animales fantásticos, muy contrapuestas y únicamente pegadas ó reunidas por las sendas nucas. Aquellos peristilos inacabables, aquellas terrazas apercibidas á recibir jardines aéreos y colgantes, aquellos coros de gigantescas esfinges puestas en procesión á uno y otro lado, aquellos frescos representativos de combates con alimañas simbólicas, aquellas amplias cámaras dispuestas para las asambleas y para los festines, el secular litúrgico loto que sella todas las partes del edificio, los sacerdotes alados llevando candeleros de fuego sacro en sus ungidas cabezas, las miniaturas, las incrustaciones, los engarces de ágatas en pedrerías, los pebeteros y sillas de oro, las riquezas múltiples y varias daban á tales palacios asiáticos todo ese lujo del Oriente que ha pasado á proverbio en las lenguas y que representa hoy, en el concepto nuestro, uno de los caracteres más sobresalientes y más propios del Asia. Pues una sala de los palacios habitados por Artaxerxes en Susa y Persépolis muy pronto habrá de verse reproducida con todas sus particularidades históricas por mano del matrimonio arqueólogo en las estancias de museo tan enorme como el museo reunido por Francia en su Louvre.

V

Conforme la cultura general va creciendo, la historia va más y más interesando. Así, no solamente resucita en los institutos artísticos, resucita en los espectáculos populares. Mientras dos arqueólogos de París evocan Artaxerxes en el museo, evoca un empresario Nerón en el circo. Idea feliz la de presentarlo en vísperas del trance último suyo, cuando aletea la muerte, como un murciélago en los crepúsculos vespertinos, sobre su triste coronada frente. Suetonio, que suele adolecer de ordinario y vulgarísimo en sus relaciones, narra con viveza y sentimiento el paso al sepulcro de tan desatinado joven, que acertó en desear inmortalidad y gloria, mas erró en creer que la voluntad consigue todo cuanto desea y en imaginarse dueño de la divina omnipotencia porque fuera mísero emperador. Siempre que leo tales páginas me figuro estar viendo á Nerón romper la mesa de su triclinio y estrellar las más bellas copas de su aparador al noticiarle un esclavo la insurrección de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillas á los pies de sus enemigos ó mover con su elocuencia contra tales rebeldes á todo el pueblo; suspirando por convertirse de súbito en mero artista, sin más patrimonio que su cítara de oro ni más ornamento que su corona de laurel; abandonado á media noche de sus huestes, de su guardia pretoriana, de sus confidentes, de sus cortesanos, sin encontrar ni aun el veneno de Locusta para morir muerte pronta y tranquila; perdido por las calles de Roma en requerimiento y busca de las casas de sus amigos que le cierran las puertas, pues quienes acompañan en las orgías no suelen acompañar en las desgracias; fugitivo en la obscuridad, con túnica corta, manto rasgado, pañizuelo al rostro, el estómago vacío, las fauces muy secas, los oídos abiertos á las maldiciones que le traen los soplos de la noche; deteniéndose primero en laguillo infecto para beber, ¡él que había bebido el zumo de Falerno y Chío en copas de riquísimas esmeraldas!, hasta llegar á casa de un esclavo y tenderse como un perro sarnoso en maltrecho jergón de sucia paja, sin osar al indispensable suicidio; cuando le anuncian, entre los espasmos y estremecimientos de una cuasi epilepsia como entre los gritos de una cuasi locura, la muerte que le decretaba el infame Senado así que lo veía vencido, muerte consistente en serrarle con pausa el cuello y abrirle á varazos las carnes; lo cual decídele á probar con sobrehumano esfuerzo el puñal suspenso á su cinto, que aproxima trémulo á su piel para retirarlo con precipitación, pues nunca se diera el cuitadísimo muerte, de no penetrar en sus oídos el estruendo armado por los verdugos, que corrían á cumplir la venganza del Senado, burlada por un vértigo, en que al fin pudo con violencia traspasarse con su propia mano y arma la garganta, pronunciando en la expiración última palabras griegas y lamentaciones elegíacas por privar al mundo de tal artista que ve, á la última luz de sus ojos, los esbirros apareciéndose siniestros á la puerta y lanzándose hambrientos sobre su cuerpo inerte para cogerlo y arrojarlo, como presa husmeada por el odio, á los implacables patricios, quienes, vivo y omnipotente, le adoraron de hinojos como á un Dios, y ahora lo insultaban como á una ramera, vencido y muerto. La pantomima de París no ha podido presentar esta parte del asunto con sumo espacio por parecerle más propio de la tragedia y del teatro. Pero ha presentado la ciudad Eterna tal como la vió en aquella sazón el romano que la tenía por palacio propio, cuando pórticos amplios, adornados con estatuas de mármoles y bronces, eran sus paseos; bosques donde crecían las plantas de todos los climas y volaban las más vistosas aves, eran sus jardines; baños cubiertos de mosaicos, ricos en toda clase de jaspes, encerrando grandísimas bibliotecas, eran sus salones; anfiteatros inmensos abiertos en las rocas, más duraderos que los tiempos, con capacidad para contener todo un pueblo; circos llenos de monolitos del Oriente, de obeliscos, de colosos; naumaquias, alimentadas por las aguas de copiosos ríos, pudiendo recibir escuadras, y artificialmente ahondadas en la cima de un monte cualquiera; templos en que se reunían las más hermosas jóvenes á ofrecer sacrificios; danzas y conciertos eran sus fiestas, en que combatían sobre arenas de oro y minio los brutos y los gladiadores, mientras caían cascadas de aguas olorosas y sonaban conciertos de sensuales músicas, difundiendo hasta en los seres inanimados la fiebre del placer. Dicen que los espectáculos del incendio de Roma y de la entrada de Galba victorioso tras la muerte de Nerón jamás han tenido igual en escenario ninguno. En cambio no ha podido representar una fiesta circense de mentirijillas porque los tigres y los leones se comían á los pantomimos de veras. Lástima grande que haya coincidido con tal espectáculo maravilloso la muerte del famosísimo inventor de los reclamos y de las contratas para tal clase de industrias, la muerte de Barnum, fenecido en estos días, después de haber llevado por el mundo jirafas, cebras, leopardos, tigres, serpientes boas y de cascabel, monstruos marinos, la nodriza de Wáshington y la garganta de Jenny Lind. Todos morimos.

NARRACIONES

VIRTUDES

Pegada á los cristales de la ventana, cuyas cortinillas, recogidas á un lado, dejaban pasar los rojizos reflejos del sol poniente, Virtudes reproducía en el raso crema de un abanico de lujo un ramo de soberbias rosas, puestas en remojo en un jarrito de cristal. Dábase prisa con febril temor de que la noche alcanzase á interrumpir su trabajo.

– ¿Todavía no acabas?, preguntó una voz temblorosa y débil.

– Luego, abuelita, contestó Virtudes, disimulando un ligero movimiento de impaciencia.

La voz de la abuelita adquirió un tono regañón.

– ¡Hija mía, eso es empeñarse en enfermar! Santo y bueno que trabajes, pero las cosas requieren su punto y medida. Lo que tú haces es matarte.

– No pases cuidado, abuelita.

Siguió la discusión, pero no fué larga, pues pronto la anciana salió victoriosa de su nieta, con ayuda de la noche, que se les vino encima.

A pesar de su anhelosa actividad la joven tuvo que dejar los pinceles y cerrar su caja de pinturas. Encendió un quinqué é hizo correr hasta la mesa el sillón de la abuelita, para quien siguió reinando la obscuridad.

Hacía ya algunos años que la pobre señora estaba ciega.

***

Abuela y nieta vivían en una pequeña habitación de la calle del Conde-Duque, en Madrid. Su mayor lujo consistía en el aseo que reinaba en sus personas y en su modesto ajuar. Su presupuesto de gastos no podía exceder al de los ingresos, por demás exiguos, que les proporcionaba el trabajo de Virtudes.

Esta había recibido una brillante educación, cual convenía á una señorita llamada á ser única heredera de un millonario. Pero los millones de su padre desaparecieron en desgraciadas operaciones de bolsa, que tuvieron por saldo la muerte prematura del bolsista y la miseria y el dolor por toda herencia.

Virtudes, á quien nunca se le había ocurrido que su talento y habilidad pudieran algún día servirle para vivir, soportó con animosa resignación sus reveses de fortuna, y echó manos á la obra con sorprendente energía.

Mucha necesitó, en efecto, para soportar las humillaciones y disgustos de toda clase con que tropezó al principio.

¡Cuántas veces, después de infructuosas diligencias para encontrar trabajo, regresaba á su casa con los ojos llorosos y el corazón oprimido! ¡Qué de noches de insomnio pasadas en espantosas angustias, de esas que desconocen los ricos y atormentan á los pobres que buscan en vano los medios de subvenir á crecientes necesidades de cada día!

La ceguera de la anciana no le permitía ver el desencajado rostro de su nieta, la cual, á fin de tranquilizarla, adoptaba un tono jovial para asegurarle que le iba todo á las mil maravillas.

Para ir á buscar y devolver su labor, Virtudes tenía que cruzar todo Madrid. Los industriales que le encargaban trabajo vivían en la carrera de San Jerónimo y en las calles de Carretas, de la Montera y del Príncipe.

Virtudes andaba aprisa, vestida siempre de negro, sin levantar los ojos, que velaba el tul de la mantilla, puesta sin querer con la gracia ingénita de las hijas de Madrid. Pero su lindo rostro, moreno pálido, y su aire distinguido, llamaban la atención de los transeuntes, muchos de los cuales la requebraban al encontrarse con ella. Algunos se volvían para seguirla ó mirarla pasar. A menudo ella se desviaba de la acera y tomaba el arroyo por evitar encuentros enojosos con paseantes y horteras, apostados delante de las tiendas. Más de una expresión indecorosa hería sus castos oídos. Entonces apretaba el paso, sentía llamaradas en el rostro, se le oprimía el corazón y se agolpaban á sus ojos furtivas lágrimas de indignación y de angustia. La pobre pensaba que en aquella ciudad tan populosa, no tenía á nadie para protegerla y hacer respetar la candorosa virtud que conservaba incólume á los veinte años.

***

Virtudes no reparó en que durante algunos días la fué siguiendo un joven alto y rubio, que la acompañaba hasta la puerta de su casa, pero sin hacerse notar y manteniéndose á una distancia respetuosa.

***

El conde de Albor era un tipo original. Poseedor de una gran fortuna, de un nombre ilustre, de una gran figura simpática y de una salud perfecta, se tenía por desgraciado. Escéptico, sin ilusiones, no creía en nada, ni siquiera en el amor ni en la virtud. Para él, toda buena acción tenía por móvil el egoísmo. Sin embargo, empezaba á hacérsele pesada la vida de soltero, y deseaba casarse, pero con la condición expresa de encontrar una mujer que le amase por sus cualidades personales y no por su título y su fortuna. Hacía ya algunos años que buscaba inútilmente y desconfiaba de encontrar el ideal deseado.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de A. Seifert

Una mañana, al salir de su casa, Virtudes se encontró en la escalera con un joven que cerraba la puerta de la habitación inmediata. El desconocido bajó detrás de la joven, se le adelantó en el último tramo, quitóse respetuosamente el sombrero y se alejó.

Aquel mismo día, la portera de la casa, que había subido á entregar una carta á una vecina del último piso, entró á ver á doña Juana, la abuela de Virtudes, y empezó á hablarle con grandes elogios de su nuevo inquilino, D. José Alvarez, joven muy simpático y distinguido, empleado en una gran casa de comercio.

Aunque abuela y nieta viviesen muy retiradas, entabláronse ciertas relaciones de cortesía entre los vecinos.

Un domingo por la noche el empleado, que había estado ausente todo el día, trajo del campo un magnífico ramo de flores que ofreció á Virtudes.

A veces, cuando las ausencias de la muchacha debían prolongarse mucho, Alvarez pasaba á hacer compañía á la anciana, y la distraía con su amena conversación é interesantes lecturas.

Poco á poco el complaciente joven se conquistó un puesto en la intimidad de las vecinas. Doña Juana se deshacía en elogios de él, y Virtudes no acertaba á explicarse el vivísimo interés que á sí propia le inspiraba.

De pronto, en un momento de expansión, Alvarez dijo á Virtudes con voz alterada por emoción intensa:

– Hace tiempo que mis ojos han debido expresarle que la amo. Sí; la amo con toda mi alma. Virtudes, ¿quiere usted ser mi esposa?

Y como ella ruborizada se callase, él añadió:

– No puedo ofrecerle un porvenir brillante. Todo cuanto poseo se reduce á unos diez mil reales de economías para instalarnos y mi sueldo de cuarenta duros mensuales para vivir. Soy huérfano y, por tanto, no tengo herencia alguna en perspectiva. Será preciso que llevemos una existencia de trabajo y de ahorro, cuando no de privaciones. ¿Acepta usted?

– Acepto, contestó Virtudes con sencillez, tendiéndole la mano.

Fijóse el matrimonio para dentro de tres meses, de concierto con la abuela, cuyos apagados ojos vertieron lágrimas de alegría.

– Mi idolatrada nieta no se queda ya sola en el mundo, decía con profunda satisfacción; ya tiene quien la ame y la proteja, quien la consuele cuando no me tenga á mí.

La joven se sentía también satisfecha y animada. El porvenir, al fin, se le presentaba risueño.

Pero una gran decepción vino á turbar tanta alegría. Un fabricante de abanicos para quien Virtudes trabajaba hacía cuatro años, el que más la ocupaba y mejor la retribuía, le declaró de pronto que cesaba de emplearla. Los negocios estaban paralizados y se veía en la necesidad de suprimir el personal exterior.

Virtudes regresó á su casa con el abatimiento y la desesperación en el alma. Su novio procuró tranquilizarla, diciéndole que no faltarían fabricantes dispuestos á encargarle trabajo.

– ¡Ah!, repuso ella sacudiendo tristemente la cabeza. Tú no sabes cuán amargo es llamar de puerta en puerta para sufrir impertinencias y humillaciones. Y aún el dinero que una gana tan penosamente se lo echan á la cara como una limosna. Y hay que soportarlo todo sin una observación ni una queja.

– Vamos, añadió Alvarez con inusitada desenvoltura; no hay para desesperarse.

Pero ella se preguntaba amargamente cómo iba á poder vestirse y alhajarse para la boda, faltándole sus principales recursos.

Alvarez siguió manifestando que aquel contratiempo carecía de importancia, hasta que Virtudes, mortificada por su indiferencia, exclamó con cierto enojo:

– ¡No parece sino que mi bienestar te importa poco!

– Más que el mío.

– Pues cualquiera diría que tienes diez mil duros de renta.

El empleado palideció; dirigió luego una larga mirada á Virtudes y se retiró sin proferir una palabra.

Al día siguiente, la joven supo con asombro que Alvarez había cambiado de domicilio sin dejar las señas de su nueva casa y sin la menor explicación con su novia.

* * *

Durante algunas semanas Virtudes abrigó la esperanza de ver llegar de un momento á otro á su futuro.

– Si no ha muerto ó no está loco volverá, pensaba ella.

Pero en vano trataba de explicarse aquella huída inesperada, y se devanaba los sesos para adivinar en qué había podido ofenderle ó disgustarle.

Pasaron meses y Alvarez no volvió.

Virtudes continuó su vida laboriosa. Nada cambió en su modesto hogar, sino que la abuela fué debilitándose y la nieta se puso de día en día más pálida y triste. La infeliz muchacha adoraba al fugitivo y no podía consolarse de su abandono.

Un día encontró en la calle á una amiga de la infancia, que había vuelto hacía poco tiempo de un largo viaje á la América del Norte.

Ernestina, que así se llamaba su antigua compañera de colegio, iba ricamente vestida y acompañada de una aya inglesa.

– ¡Virtudes!, exclamó echando una mirada de conmiseración á su modesto traje. ¿Qué es de ti? ¿Y tu padre?

– Le he perdido y con él mi fortuna. Mi disposición para la pintura que tanto admirabas, es ahora mi único medio de subsistencia.

Y explicó en pocas palabras las vicisitudes de su penosa vida.

– ¡Cuánto te compadezco!, dijo Ernestina. Ven á verme y hablaremos.

Y añadió bajando la voz.

– Me caso pronto... Me pintarás el abanico de novia.

* * *

Tres días después, Virtudes se presentó en casa de su amiga, que vivía con sus padres en un hotelito de la Castellana.

Fué muy bien recibida.

Las dos jóvenes se sentaron en un confidente de una salita de confianza, contigua á un invernadero cuyas plantas y flores recreaban la vista y perfumaban el ambiente.

Ernestina era una rubia graciosa, aturdida y voluble, que formaba un vivo contraste con el tipo moreno de la formal Virtudes.

– Sí, amiga mía, decía con su habitual locualidad; pienso ser pronto condesa, porque mi novio es conde. Aún no ha pedido oficialmente mi mano á papá, pero no tardará en hacerlo, porque está loco por mí. Eso sí, es un tipo original. Se ha propuesto casarse con una mujer absolutamente desinteresada, que no dé ningún valor ni tenga apego alguno al dinero. Como si esto fuera fácil hoy día, en que el vestir cuesta un sentido y no se puede vivir en sociedad sin gastar un dineral.

Ernestina hizo una pausa para respirar. Luego continuó, mientras se arreglaba los volantes de encaje que adornaban su peinador de raso azul:

– Afortunadamente, papá conoce á un amigo del conde, que nos quiere mucho, y ha jurado arreglar la boda. Carlos de Albor se ha hecho presentar como pobre, á pesar de sus quince mil duros de renta. Papá me puso en el secreto y yo obro en consecuencia. Si nos oyeses, te asombrarías de verme transformada en la antítesis de lo que soy. Tú que conoces mi aturdimiento y mis gustos, te reirías de la sencillez de mi porte y la modestia de mis proyectos.

– ¿Amas á tu futuro?

– ¡Claro que sí; es un buen mozo! Pero aunque así no fuese, ¿te parece moco de pavo el título de condesa y la vida que podré llevar? Tendremos coche, caballos, hotel en Recoletos, chalet en San Sebastián, palco en el Real... Daremos fiestas deslumbradoras, que reseñarán los periódicos, y la joven condesa de Albor será uno de los principales oráculos de la moda.

Aquellos devaneos recordaban á Virtudes sus ensueños de ventura, sus recientes proyectos, que con ser tan sencillos y naturales se habían desvanecido como humo.

– Y tú ¿cuándo te casas?, preguntó Ernestina.

Virtudes contestó gravemente:

– ¡Yo no me casaré nunca!

– ¡Ah! Apuesto á que has tenido algún amor desgraciado.

– En efecto. Amé, sigo amando y amaré hasta el último instante de mi vida á un hombre que he perdido sin duda para siempre.

– ¡Hola! El caso es interesante. ¿Y se puede saber quién es el protagonista?...

– Un simple empleado sin nombre, sin fortuna y sin porvenir.

– ¿Entonces?...

– Pero era el dueño de mi corazón, y para mí valía más que todos los nobles y millonarios del mundo.

– ¿Qué ha sido de él?

– Lo ignoro. Desapareció de pronto sin que jamás haya vuelto á dar señales de vida.

– Habrá muerto quizá.

– ¡Quién sabe! Y aunque viva, ya no se acordará de mí.

– Pues no comprendo que sigas amándole.

– ¡Le seré fiel hasta la muerte!

Sin darse cuenta Virtudes había ido alzando la voz, y lanzó estas últimas palabras como una invocación á la felicidad perdida.

– Señorita, vino á decir una doncella, el señor conde de Albor ha estado aquí.

– ¿Cuándo?

– Hace un instante.

– ¿Y se ha vuelto sin verme?

– Permaneció un cuarto de hora en el invernadero, y al verla á usté con la señora, se retiró.

– ¿Me habrá oído?, murmuró Ernestina.

* * *

Aquella misma noche llamaron á la puerta de doña Juana.

Virtudes fué á abrir y dió un grito:

– ¡Alvarez!

– Sí, soy yo, tu futuro esposo, que te sigue amando y viene á recordarte tu promesa...

– Pero, ¿y tu desaparición y tu largo silencio?...

– Perdóname. Dudé de ti; te creí codiciosa y disimulada. Pensé que sabías la verdad...

– No entiendo...

– Una palabra y lo comprenderás todo. Aceptaste por esposo al empleado José Alvarez. ¿Quieres ser condesa de Albor?

La muchacha quedó muda de sorpresa.

Una mano trémula buscó las manos de ambos jóvenes y las juntó en un mismo apretón, mientras que la voz temblorosa y débil que conocemos desde el principio de esta historia murmuraba entre sollozos:

– Mi Virtudes no está sola... ¡Ya puedo morir!

JUAN B. ENSEÑAT

ESTUDIOS

DE ALGUNOS CÉLEBRES PINTORES (1)

(Conclusión)

JORGE PAPPERITZ

Aquí tenemos verdaderamente el centro de la belleza y del buen gusto; todo aquí respira magnificencia.

Tres grandes arcos sostenidos á cada lado por pilares planos, dividen el estudio en dos compartimientos, uno con aspecto de palacio y el otro pequeño y gracioso. A la izquierda de este último hay una especie de pabelloncito, al que se llega por una elegante escalerilla: en el estudio del pintor inglés Watts se ve otro semejante.

Podríamos decir que el pincel de Papperitz toca todos los asuntos, desde el interior de la casa hasta el paisaje, desde los retratos modernos hasta los antiguos, desde las pinturas de género hasta las históricas.

Para abarcar semejante diversidad de asuntos se necesita gran aliento y mucha libertad de imaginación.

Los que visitan el estudio de Papperitz no experimentan ninguna influencia determinada; las nuevas ideas se despiertan sea cual fuere el cuadro en que se fije la mirada; lo vulgar y lo trivial quedan siempre detrás de la puerta. Pocos bosquejos se encuentran allí; todo revela el arte perfeccionado, y fuera inútil buscar monadas en el magnífico estudio de Papperitz. Por poco que los adornos no fueran de colosales proporciones, correrían el riesgo de pasar inadvertidos en la inmensidad de aquella sala.

Como pintor de retratos, Papperitz alcanza un alto grado de perfección; y por la fiel semejanza que obtiene en los de mujeres, debe ser superior á Lenbach. Tiene estudiados los caracteres del rostro femenino, y como aquél, sabe hacer hablar á los ojos, reproduciendo los tintes delicados de las mejillas y el carmín de los labios.

Las pinturas de Papperitz que representan mujeres y niños nos revelan el más cariñoso estudio, y ya estén las figuras desnudas, ó bien ostenten los ricos y sedosos pliegues del Renacimiento, siempre se observa la misma perfecta producción de sus caracteres peculiares.

Rara vez intenta ese artista hacer retratos de hombres; la humanidad femenina es su dominio, y en ella

(1) Véase el número 479.

un eco responde á su propio refinamiento artístico.

Como huésped agasajado en Villa Wahnfried, en Bayreuth, residencia de Ricardo Wagner, Papperitz inmortalizó en un gran lienzo la pléyade de músicos que habitaba allí, y esta obra ha contribuído más que ninguna otra de sus pinturas á popularizar su nombre.

La escena representa la sala de música de Villa Wahnfried, en el momento en que Liszt tocó por primera vez la nueva ópera de Wagner, *Parsifal*. El compositor era la figura del centro, y alrededor de él agrupábase su familia y el ilustre círculo de los amigos del gran maestro, constituyendo así una pintura histórica del mayor interés.

El hecho de ser Wagner tan conocedor de la naturaleza y del arte, influyó sin duda en el talento del joven pintor, madurando sus facultades.

RODOLFO WIMMER

Wimmer es un artista distinguido en la moderna escuela de los retratistas, cuyos adeptos parecen insistir en la importancia de los detalles realistas y de los fondos. La antigua escuela, á la cual pertenece Lenbach, consagra su energía más bien á expresar en el lienzo los sentimientos del alma de aquel á quien se ha de representar, evitando los detalles que no son de absoluta necesidad para el retrato. Ambas escuelas, sin embargo, tienden á mantenerse fieles á la naturaleza; y como consecuencia natural, la moderna exige un considerable trabajo fatigoso de los que la adoptan, pero al mismo tiempo el resultado de sus trabajos es más popular entre el público. La época que atravesamos ¡ay! exige que fijemos la atención en las apariencias, y así en la pintura como en otras profesiones se hace preciso marchar con el tiempo. El arte no sufre degradación alguna por ello; conviértese solamente en un medio adicional por el que los futuros historiadores verán el espíritu del día desde su verdadero punto de vista.

Hemos hablado ya del «reposo clásico» que respira el estudio del Lenbach, y de la elegancia y del buen gusto que caracterizan al de Papperitz. Este último y Wimmer son los hermanos gemelos del arte, y la descripción del estudio de uno de ellos es aplicable al otro; en sus obras también se asemejan mucho, tanto que no causaría ninguna extrañeza encontrar en un ángulo del gran retrato del Emperador Guillermo en traje de almirante, obra de Wimmer, la firma de Papperitz. Este artista habría retratado seguramente al joven emperador de una manera análoga.

La escuela moderna de los retratistas ha tenido sus maestros en Wimmer y en Papperitz: sus pinturas nos recuerdan los tiempos en que vivimos, cuya constante exigencia es: «Enseñadnos algo nuevo y explotadlo con originalidad.»



CAMINO DE LA FUENTE, cuadro al pastel de Héctor De María, grabado por Mancastroppa

Pero ¿qué rumor es ese? ¿Qué notas esas que se oyen? ¡Bah! Es el ruido que producen los remos, y el cántico de un marinero. ¿Dónde estamos? ¡Ah! En el estudio de

CARLOS RAUPP

Esos sonidos, sin embargo, no llegan hasta el estudio del pintor del lago y de las montañas bávaras, aunque se encuentre alguna cosa que se relaciona con eso, como lo indica el bote, tantas veces agitado por la tormenta, que ahora reposa en una elegante banqueta de pies torneados y sedoso asiento. Esta embarcación no está en su lugar en el estudio, porque es muy tosca y no armoniza con el pavimiento lustroso de la sala; mas no perdamos las ilusiones, porque su dueño es Raupp, y sabemos muy bien que se cuida poco de los objetos que le rodean. Este artista se asemeja al hombre tan profundamente absorto en sus propios pensamientos, que no oye nada de la historia que su amigo le refiere. En él se produce el hecho fisiológico de que es posible comprender sin hacer caso, mirar sin recibir impresión, oir sin recoger palabra alguna.

La imaginación de Carlos Raupp y su admirable memoria se concentran de tal modo en su lago y en las escenas de la montaña, que apenas se da cuenta de los objetos que tiene alrededor y que tan mal se avienen con sus pinturas: todas éstas son puramente originales del artista. En medio del lujoso estudio, con sus tapices y estatuas y plantas tropicales, Raupp oye el grito del montañés; las voces infantiles de los niños que juegan á las barcas; el lejano fragor de la tempestad que se aproxima, y que pronto estallará con sordo estrépito en las cimas de las montañas; el sordo mugido del mar borrascoso, ó la campana que anuncia al moribundo la llegada de los auxilios de la religión; pero cuando despierta de su meditación, agrádale á Carlos Raupp verse en su cómoda vivienda.

Muy diferente impresión nos produce el estudio de

WALTER FIRLE

Aquí podemos recordar al punto la vida cotidiana de esa inmensa mayoría de nuestros semejantes que constituye la clase obrera: aquí respiramos la atmósfera del trabajo diario, y las alegrías se mezclan con las tristezas. El espíritu del pueblo parece reinar en esta habitación, que es un taller primero y un estudio después.

Uno de los compatriotas de Firle ha referido un ligero incidente que le ocurrió durante la visita que hizo á la Exposición del jubileo del Arte en Munich, y que muestra el efecto que produjo la notable obra de este pintor en las diferentes clases de Alemania.

– En una de las galerías, dice, vi una multitud de visitantes detenidos ante un lienzo de grandes dimensiones, y pronto me absorbí en el estudio de los efectos que producía en los que miraban. Como yo no había examinado la pintura, comencé á pensar en la opinión que yo formaría acerca de su mérito, según las indicaciones que hicieran aquellos críticos de afición. El grupo más considerable componíase de varias muchachas, y de una pareja mayor de edad, guiada, al parecer, por un joven.

– El pintor ha demostrado energía en el modo de tratar este asunto, decía uno de los críticos; pero

ACUSACIÓN cuadro de Tihamer Margitay

EL ENSAYO DE UN MINUÉ, cuadro de G. Pagliei

la escena habría ganado mucho en efecto dramático si la habitación hubiera sido más pobre y el sentimiento de la madre más violento.

A esto contestaron los demás sucesivamente:

– ¡Ah! Sí, es cierto.

– Mas á pesar de todo, es magnífico.

– Y muy conmovedor.

– Casi me hace llorar.

– ¡Qué absurdo! ¡Llorar por una pintura!

Por regla general, las personas bien vestidas solamente fijaban en el cuadro una impasible y rápida mirada, ó no se detenían más que para leer el título en el catálogo; pero un grupo de trabajadores mal vestidos detúvose silencioso y absorto ante la pintura. Al fin uno murmuró algunas palabras al oído de su compañero, con lágrimas en los ojos.

– Comprendo muy bien, dijo, lo que esa pobre mujer que está junto al ataúd siente. Esa pintura es la mejor de la Exposición.

Después hojearon el catálogo para ver cuál era el título y el nombre del artista, y vieron que decía: *En la casa del duelo, por Walter Firle.*

Este artista estudia la vida diaria de hombres y mujeres, y nos la representa naturalmente y sin afectación. En sus pinturas no hay nada de la violencia del sentimiento, y solamente las fisonomías nos revelan lo que hay en el interior. La humanidad, en su mayor parte, rara vez hace ademanes extremados para expresar un gran dolor ó alegría, y este conocimiento es la clave de las pinturas de Firle, tomadas principalmente de escenas de la vida del campesino ó del artista. En su estudio no hay nada complexo ni absorbente, ni tampoco hay grandeza. Ninguna frivolidad ingeniosa en la disposición artística le distraerá la atención de su trabajo.

La cigüeña que vuela hacia el techo puede considerarse como el símbolo de las elevadas aspiraciones del pintor. A no ser por un altar primitivo, que sirve de modelo para el gran lienzo que está en el caballete, sólo encontraríamos allí bosquejos, estudios y pinturas.

FERNANDO WAGNER

Hace unos veinte años, cuando Wagner estaba todavía en el torbellino de la vida estudiantil, con su imaginación llena de mil proyectos, habitaba en el magnífico castillo de Tutzing, en el Starberger See, un hombre de notable cultura, llamado Eduardo Hallberger, quien empleaba á varios artistas para adornar su magnífica residencia. De lejos y de cerca hizo venir pintores, arquitectos y jardineros, y entre ellos llegó Fernando Wagner, que prometía mucho, aunque hasta entonces no había hecho gran cosa.

Ningún encargo particular en el adorno de aquella residencia se confió á Wagner, y por lo tanto no tuvo ocasión de distinguirse; mas no le faltaba voluntad ni tampoco talento. Mientras estaba en el castillo conoció á un joven literato, y entre los dos concertaron los más atrevidos planes, siendo uno de ellos emprender un viaje á Italia con objeto de confeccionar una descripción ilustrada del país y del pueblo; pero el espíritu inquieto de Wagner carecía de perseverancia para realizar el plan, y al fin se redujo todo á palabras. Los presuntos colaboradores renunciaron á la empresa, y cuando volvieron á encontrarse al cabo de algunos años, el literato supo que el pintor había llegado á ser famoso: el talento y el trabajo habíanle permitido alcanzar una posición entre los primeros artistas. El amigo que había sido de su juventud se encontró con un pintor de historia en vez del artista cómico que se revelara en otro tiempo en figuras extrañas y chistosas escenas tomadas de la vida de los bohemios en Munich. ¡Qué paso había dado desde la comedia hasta la historia formal! Pero á Wagner le han complacido siempre tales contrastes, sin duda á causa de su temperamento. Conocido como pintor de historia, esto no le impide darnos de vez en cuando una pintura de género ó un estudio de la vida. Sus lienzos se distinguen por la minuciosidad de los detalles, los colores armoniosos y la bien ideada composición. Wagner no es, sin embargo, un pintor de grandes y notables hechos históricos; prefiere las procesiones, las parodias y agradables escenas de la mitología.

Al contemplarle en su estudio se comprenden las dificultades con que tropiezan los pintores de grandes lienzos. El artista no está muy seguro en la escalera por donde sube y baja cuando quiere juzgar de su composición.

Pasemos, por último, al estudio del distinguido grabador

EDUARDO UNGER

Esta profesión lleva necesariamente consigo un trabajo considerable de tal naturaleza, que apenas se puede ejecutar en una habitación atestada de adornos y objetos raros; pero á Eduardo Unger le agradan estas cosas, y por eso ha formado dos estudios, uno de lujo, y el otro destinado á taller, donde el ácido que algunas veces se derrama no ocasione mucho deterioro. Por el aspecto de la pequeña habitación donde el grabador trabaja, diríase que está provista de una manera bien calculada para contentar á las más de las personas que quieran ver un buen estudio. La botella del ácido y otros objetos análogos están sin duda ocultos á la derecha, y en la mesa refléjase la luz, que ilumina al artista. El estudio y el taller constituyen una habitación magnífica y muy agradable, para que Unger pueda ejecutar más á gusto esos grabados que todo el mundo admira.

X

NUESTROS GRABADOS

¡Valiente brevaje!, cuadro de Don Antonio Fabrés (Salón Parés). – Aun á riesgo de que se nos moteje de sempiternos turiferarios, no podemos menos de afirmar una vez más en presencia de este cuadro que Fabrés es uno de nuestros primeros pintores contemporáneos y de los pocos, muy pocos, que imprimen el sello del genio allí donde tantos otros se limitan á dar muestras más ó menos notables de talento. Cada obra nueva suya es una prueba más de lo bien que concibe y ejecuta: el asunto más sencillo, más trivial, adquiere al pasar por su fantasía valor é interés inestimables, y los colores que sus pinceles combinan tienen tal riqueza de luz y se nos ofrecen tan abundantes y variados, que en ellos encuentran su equivalente exacto todos los tintes, todos los matices por difíciles, delicados é imperceptibles que sean.

La figura de *¡Valiente brevaje!* está arrancada de la realidad misma; nada hay en ella que no sea digno de la justa fama de nuestro paisano; la actitud, la expresión, las telas del vestido, las más insignificantes pequeñeces del traje, los más nimios detalles del rostro, todo acusa la experta mano que tantas joyas artísticas y en tan diversos géneros ha sabido producir.

Y no somos nosotros solos los que tal decimos: antes que nosotros lo dijeron unánimes cuantos vieron el lienzo en el Salón Parés, y sin duda confirmarán plenamente estas apreciaciones todos nuestros lectores á poco que se fijen en la reproducción que del mismo publicamos. Aquel bebedor dice de un modo admirable lo que el pintor se propuso; en su rostro se advierten las huellas de la mala impresión que la cata del vino le ha causado, y la mirada que entre colérico y burlón dirige á la botella es la condenación más dura del brevaje que por vino se le quiso hacer tragar, y que si como tal pudo pasar á sus ojos, halló fiscal severo y entendido en su paladar delicado y exigente.

***

En la pradera, cuadro de A. Montemezzo. – Que el paisaje está bien sentido compréndelo cualquiera con sólo mirar el cuadro; que la ejecución nada deja que desear salta á la vista cuando se advierte la naturalidad que en todo él campea y las condiciones de aire y de luz que tanto relieve dan á los distintos elementos que lo constituyen. La misma sencillez del asunto nos releva de extendernos en mayores consideraciones: la obra de Montemezzo produce en el ánimo una impresión gratísima y despierta el deseo de disfrutar los encantos de aquella pradera, y esta es la demostración más clara de lo que la pintura vale, así en el fondo como en la forma.

***

Gran Canaria. Valle de San Roque en el camino de Tafira. – Cuanto se diga acerca de las naturales bellezas de las islas Canarias es poco al lado de lo que allí la realidad ofrece. La vegetación variada y exuberante que en ellas existe, la benignidad del clima, los accidentes que por su estructura geológica presenta el terreno, la abundancia de poéticos paisajes, son otros tantos atractivos de esas islas que el talento, laboriosidad y los sentimientos hospitalarios de sus habitantes han convertido en deliciosa estación de invierno cada día más frecuentada, especialmente por los ingleses.

La vista que reproducimos representa uno de los puntos más pintorescos de la Gran Canaria, el valle de San Roque, por donde pasa entre palmeras, naranjos, guayabos, cafetales y otros árboles de la hermosa flora tropical el camino que conduce al lindo pueblo de Tafira y á La Caldera de Vandama, volcán extinguido que se alza al Sudoeste y á seis millas de la ciudad de Las Palmas.

***

Cabeza de estudio, cuadro de A. Seifert. – Cuantos menos elementos entran en la composición de una obra de arte, cuanto menos argumento, por decirlo así, tiene un cuadro, tanto mayor cuidado ha de poner en él el artista, á fin de que la falta de interés – no nos referimos al interés artístico, que bien sabemos pueden tenerlo los trabajos más sencillos, sino al interés en el sentido de atención curiosa, – quede compensada por los primores de ejecución. En obras de la índole de la de Seifert requiérese ante todo un gusto especial en la elección de modelo, ya real, ya imaginado; un busto femenino que figura como elemento único en una pintura, no puede ser el de una mujer vulgar, sino el de una mujer eminentemente bella; necesítase además que con esta belleza excepcional corra parejas la expresión, que la mejora en tercio y quinto, y precisa, por último, que ni en el dibujo ni en la distribución de luz haya el menor tilde; pues los defectos que en obra de otro género pudieran pasar inadvertidos, resaltan con vigor extremado allí donde nada hay que distrayendo la atención del que los contempla ayude á disimularlos ó á compensarlos cuando menos.

La *Cabeza de estudio* del reputado pintor alemán Alfredo Seifert reune todas estas cualidades tan difíciles de juntar, y merece, por esta razón, ser calificada de obra maestra en ese género que muchos cultivan, pero en el que pocos alcanzan la perfección deseada.

***

Camino de la fuente, cuadro al pastel de Héctor De María. – En las principales Exposiciones celebradas en Italia, tales como las de Venecia, Bolonia y Palermo, han llamado poderosamente la atención las obras de Héctor De María, que en poco tiempo ha logrado colocarse á envidiable altura entre los artistas italianos. Este joven pintor siciliano siente como pocos el color y la armonía de las tintas más vagas; en sus marinas admírase esa profusión de luz y de brillantes reflejos que el sol meridional presta al firmamento y arranca á las azuladas aguas del mar, y sus paisajes, cuadros de género y figuras cautivan por el gusto en la elección de los asuntos y por la corrección y verdad con que en ellos están trazados los lugares más bellos, las escenas más sentidas y los tipos femeninos más hermosos.

Entre estos últimos podemos colocar el de la joven palermitana de *Camino de la fuente*, figura perfectamente concebida y con irreprochable corrección trazada, que por la belleza de sus faeciones y lo noble de su continente nos da una idea exacta de la mujer italiana tan justamente enaltecida por cuantos han visitado la poética isla.

***

Acusación, cuadro de Tihamer Margitay. – Margitay, que tanta popularidad ha adquirido con sus preciosos cuadros de género, algunos de los cuales conocen nuestros lectores por haber sido publicados en esta Ilustración, pinta en su última obra una escena eminentemente dramática, cuyo argumento creemos ocioso describir, porque al menos lince se le alcanza cuál puede ser la historia que á la situación por el artista representada conduce y sin el menor esfuerzo se explica la significación que en tal episodio tiene cada uno de los personajes.

Mayor espacio del que disponemos necesitaríamos si hubiésemos de analizar una por una las figuras que entran en la composición; pero con decir que todas aparecen magistralmente sentidas y ejecutadas, que cada una expresa por modo maravilloso el afecto que en tan crítico momento le domina, que todas están en carácter y que su distribución y colocación es tan natural como artística, creemos haber consignado lo que á ninguno de nuestros lectores se les ocultará en presencia de este cuadro.

Todas nos parecen igualmente bellas é interesantes, pero indudablemente ha de atraer con preferencia la atención de cuantos el cuadro contemplen el grupo formado por la madre y la hija que tan bruscamente han interrumpido la ceremonia religiosa. Hay en la joven seducida y abandonada una expresión de dolor y de vergüenza que á las claras indica que no ha ido allí movida por su propia voluntad, sino arrastrada por su madre. En ésta se revela todo el apasionamiento, toda la indignación de la que se siente herida en sus más caras afecciones; su hija podrá perdonar al desleal, que á tanto llega el amor en algunas mujeres; pero ella no le perdona, y sin reparar en que con su acusación mata las ilusiones de una joven inocente, gózase en su venganza y en la idea de obscurecer para siempre el cielo que tan sereno soñara el infame seductor que ha llevado á su antes tranquilo hogar el deshonor y el desconsuelo.

Acusación ha alcanzado un primer premio en la última Exposición de la Unión Artística húngara y hasta hace poco ha estado expuesto en la *Continental Gallery* de Londres, desde donde ha sido enviado á Nueva York.

No cabe duda alguna de que Margitay conquistará también en el nuevo mundo los laureles que en tan gran número en el viejo ha conseguido con sus pinturas de costumbres modernas, en las cuales el realismo más acabado lleva un sello de elegancia y de distinción que las coloca muy por encima de la inmensa mayoría de los lienzos en la escuela naturalista inspirados.

***

El ensayo de un minué, cuadro de G. Paglieri. – La época de Luis XIV y de Luis XV de Francia se presta como pocas á ese género de pintura aristocrático y elegante que á tanta altura supo elevar á principios del pasado siglo el ilustre Watteau y que aun hoy cultivan de cuando en cuando algunos de los más notables artistas modernos. Las costumbres galantes, los vistosos trajes, el lujo en el decorado de las habitaciones son otros tantos elementos que acertadamente combinados pueden dar como resultante cuadros de composición simpática y de colores brillantes en que la fantasía y la habilidad de los pintores se muestren en todo su esplendor.

En este concepto, *El ensayo de un minué* es un dechado de bellezas: graciosamente concebido y con sus puntas y ribetes de picaresco, como lo grueba el grupo de los tres caballeros del centro, ofrécenos desde el punto de vista de la ejecución, así en el conjunto como en sus detalles, tanto en las figuras como en los vestidos y adornos, una labor primorosa, y acusa un conocimiento exacto y profundo de aquella sociedad que con sus frivolidades, más que con sus delitos, atrajo sobre sí la catástrofe que tantas lágrimas había de costar á los que antes de ella sólo en divertirse se habían ocupado.



Rogerio Noirel, á la par que examinaba sus legajos, dirigía á veces una penetrante mirada á Jacobita...

EL MARIDO DE JACOBITA

NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS THEURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

I

«No me inspira Rogerio cuidado alguno, repetía con frecuencia el viejo Filiberto de Noirel, pues ya sabrá salirse de todas las dificultades de la vida; pero creo difícil casar á nuestra Jacobita... Sin embargo, quisiera verla unida con el hombre de su elección antes de irme al otro mundo.»

No se cumplió este deseo, porque la muerte sorprendió al señor de Noirel á los sesenta y cinco años en su castillo de Val-Dormant, donde quedó Rosa Jacobita de Noirel, su hija menor, en vías de vestir imágenes.

Cuando ocurrió este suceso, la joven contaba veinticuatro primaveras: el anciano Noirel la había tenido siendo ya casi viejo y cuando el primogénito Rogerio llegaba ya á su mayor edad. La señora de Noirel había fallecido á consecuencia del parto, muy laborioso por lo tardío, decían unos, y avergonzada, añadían malas lenguas, por haber esperado tanto tiempo para dar el ser á una criatura tan feílla.

El nacimiento de Jacobita, pues, no fué acogido precisamente con sonrisas; pero como la criatura se parecía al viejo Filiberto, éste acabó por cobrarle cariño, y á pesar del desagrado con que fué recibida, creció como un espárrago silvestre, aumentando su robustez, ya que no su belleza. Era una moza rolliza: extremidades sólidas, color moreno, huesos muy desarrollados, voz áspera y nada femenina. Dotada de una vitalidad exuberante, gastábala en correrías por el bosque, en trepar á los árboles ó en ruidosos juegos con los chicos de la aldea. Estas viriles aficiones extrañaban un poco al señor de Noirel, quien no juzgándose capaz de dirigir la educación de aquella rústica niña, apresuróse á enviarla á un convento de Dijón apenas tuvo doce años, esperando que, gracias á la influencia del medio en que iba á encontrarse, llegaría á tener un poco de esa reserva y encanto que constituye los caracteres distintivos del bello sexo. Jacobita, en efecto, volvió más juiciosa, pero no conocedora de los usos y costumbres del mundo, ni tampoco embellecida. No era coqueta; vestía de cualquier modo, y por bien cortados que estuviesen los trajes, apenas se los ponía la pobre muchacha parecía un fardo. Cuando su padre, deseoso de establecerla, se apresuraba á presentarla en cualquiera fiesta de vecinos, la vanidad de la joven había de sufrir mucho al comprender que hacía generalmente un papel ridículo y sabiendo que se la invitaba tan sólo por consideración. Por más que tuviera cien mil pesetas de dote, los pretendientes formales no parecían muy ansiosos de llamar á la puerta de Val-Dormant, y Filiberto de Noirel comenzaba á perder toda esperanza, cuando un ataque de gota puso fin á sus días.

Terminados los funerales, y después de retirarse los parientes y amigos, Jacobita se quedó sola en el castillo con su hermano mayor, Rogerio de Noirel, que había pedido licencia por algunos días para poner en orden los asuntos de la sucesión. Esto equivalía casi á un aislamiento, pues Rogerio, hombre muy práctico y meticuloso como un viejo procurador, pasaba la mayor parte del día haciendo cuentas y comprobando papelotes en compañía del notario de la localidad; de modo que Jacobita se veía abandonada á sí misma y á sus pensamientos, sumamente tristes.

El castillo de Val-Dormant no tenía nada que fuese á propósito para desvanecer las ideas melancólicas: era un gran edificio cuadrado, con tejados cubiertos de musgo, muros de color gris y flanqueado en la fachada principal por dos torrecillas en forma de apagaluces. Situado en medio de un parque, donde las encinas se mezclaban con los árboles verdes, dominaba el valle, estrecho y cubierto de bosques, desde cuya extremidad divisábanse las primeras casas de Champlain. Más arriba de este pueblo continuaba el bosque y enfrente de Val-Dormant veíanse apuntar entre las hayas los agudos piñones de la Roserelle, habitada por la señora de Chatelliers, respetable viuda á quien una parálisis tenía enclavada en su sillón y con la que los Noirel mantenían de tarde en tarde relaciones de vecindad. Por todas partes se veían verdes horizontes, y abajo, á través de una línea de pradera, un arroyuelo que se deslizaba entre una doble fila de alisos iba á desaguar en el Aubette. Un camino vecinal, flanqueado de verdura, atravesaba el arroyo, sobre el cual había un puente; ascendía hacia el castillo por suaves rampas, prolongábase por el muro del parque y se perdía de vista en desnudas mesetas. Este camino era muy solitario, y apenas circulaban por él más que los peatones, portadores de partes ó mensajes; ningún rumor interrumpía allí el silencio, como no fuese por la mañana el canto de los gallos, el tic-tac del molino durante el día, y á la caída de la tarde lejanos ladridos de los perros de las granjas diseminadas en la meseta.

Jacobita, apoyados los brazos en el antepecho de una ventana, pensaba en el difunto, que la había dejado sola en el mundo y que dormía el sueño eterno bajo los pinabetes del cementerio. También reflexionaba sobre su juventud, ya madura, condenada problablemente á marchitarse en aquel castillo desierto. Sabía muy bien que no debía contar mucho con su hermano, pues éste habitaba en París, compartiendo el tiempo entre sus funciones de director en el ministerio de Estado y los placeres que ofrece la capital á un célibe bien recibido en la alta sociedad. Por su parte, Rogerio de Noirel, á la par que

examinaba sus legajos, dirigía á veces una penetrante mirada de observador hacia Jacobita, y preguntábase, no sin enojo, qué haría de aquella hermana menor. Era tan egoísta y apreciaba tanto su libertad, que de ningún modo hubiera consentido en llamarla á su casa de la calle de Varennes, y por otra parte le parecía poco propia para acomodarse á las exigencias de la vida parisiense. Sin embargo, causábale escrúpulos dejar en el aislamiento y expuesta á los azares de la vida campestre á una joven de veinticuatro años, en la cual adivinaba mucha vitalidad turbulenta, sangre ardiente y viva imaginación. «La soledad, se decía, es mala consejera; el aburrimiento podría impulsar á Jacobita á enamoricarse del primer tunante que se presentara, y no me agradaría ser cuñado de un palurdo. No; lo mejor sería buscarle en nuestra sociedad un marido presentable... Sólo que... con su figura y aspecto, la pobre muchacha no es nada seductora...» Y así pensando, dirigía nuevamente hacia su hermana una furtiva mirada de hombre ducho en la materia.

A la verdad, Jacobita no tenía buen gusto ni gracia: su vestido de lana negra, cortado por una modista del pueblo, formaba arrugas en la espalda y cubría el busto como un saco; el corsé, que debía ser semejante al de las campesinas, ensanchábale el talle y le aplanaba el seno, y el color negro del traje sombreaba más aún aquel curtido rostro de espesas cejas, mandíbulas en extremo prominentes y boca demasiado grande. Sin embargo, á pesar de tales defectos, la robusta muchacha, criada al aire libre, distinguíase por una frescura que alegraba los ojos, y no sé qué de simpático que corregía la irregularidad de sus facciones. La piel, aunque curtida por el aire y el sol, era fina y suave como la seda; si tenía la boca demasiado rasgada, en cambio sus labios rojos y carnosos expresaban la franqueza y la bondad, y cuando se entreabrían para sonreir, dejaban ver una dentadura muy blanca. En cuanto á los ojos, grandes y castaños, tenían la limpidez del agua de un manantial transparente y profundo, y revelaban un alma tierna, inteligente, deseosa de amar y de ser amada. La perspicacia de Rogerio de Noirel leyó sin duda todo esto en las mudas y elocuentes miradas que su hermana fijaba en él á veces, y que parecían un llamamiento y una súplica, pues al fin se conmovió, y cediendo á uno de esos impulsos de sensibilidad que en ciertas ocasiones experimentan los corazones egoístas como un remordimiento, resolvió hacer un generoso esfuerzo para arrancar á la huérfana de las tristezas de la soledad. He aquí por qué, después de haber procedido ante notario á la repartición de la herencia, despidióse de su hermana, y díjole al abrazarla:



Jacobita en el valle de Champlain

«¡Buen ánimo, Jacobita; no te aburras en Val-Dormant, pues voy á ponerme en campaña para buscarte marido, y muy pronto recibirás noticias mías!...»

La señorita de Noirel esperó un año antero estas preciosas noticias: en su rústica candidez, creyó por lo pronto que apenas llegase Rogerio á París, lo más urgente para él sería cumplir su promesa, y que antes de pasar un mes aparecería en el horizonte el apetecido esposo. Todas las mañanas, al despertar, abría la ventana para fijar la vista más allá de las espesuras del parque, en el camino blanco que cortaba la colina é iba á perderse en lontananza en medio de los álamos de Champlain. Espiaba la llegada del peatón con ansiedad; pero el hombre de la blusa azul y cuello rojo pasaba generalmente con indiferencia por delante de Val-Dormant, y Jacobita, de nuevo engañada, veíale alejarse en dirección á la cumbre del cerro. Algunas veces franqueaba la verja penetrando en la avenida de pinabetes; entonces la joven sentía latir su corazón, bajaba palpitante á la cocina á fin de que se sirviera al mensajero una botella de vino, y después, cuando más esperaba recibir noticias de París y alargaba hacia el saco de la correspondencia sus manos impacientes, veía que la esperada carta no era más que un prospecto ó un billete insignificante. Entonces la señorita de Noirel volvía á subir confusa á su aposento, reprendiéndose por su excesiva precipitación. No se desanimaba, sin embargo, y seguía vigilando el camino, pero entregada á continuas reflexiones. Imaginábase que el marido soñado se le aparecería tal vez de improviso, como un héroe de novela, y que el mejor día, una mañana ó una tarde, oiría resonar los cascabeles de los caballos de un coche que conduciría al castillo á su hermano acompañado de un pretendiente, con el cual se proponía darle una sorpresa; pero las mañanas y las tardes pasaban sin que por el camino se viera otra cosa que carros y carretones y nunca el vehículo deseado.

Al fin, cansada de esperar y perdida la paciencia, adoptó su género de vida ordinario, recorría los bosques, ocupábase en los trabajos de la siega y de la recolección, cogía fruta, trataba con sus colonos y no se cuidaba ya de su tocador. Generalmente, cuando ya no se espera nada, el destino se complace en realizar los sueños relegados al olvido. El otoño había inundado de brumas el estrecho valle de Champlain; después llegó diciembre con sus nieves, que cubrieron de una espesa capa caminos, eriales y bosques, y Jacobita estaba ya segura de que su hermano la había olvidado por completo, cuando recibió un parte urgente, concebido en estos términos:

«Querida hermana: Si la memoria no me es infiel, tú mantienes relaciones amistosas con una señora llamada Santenoge, de Dijón, que se casó con un tal Longeaux. De aquí á un mes habrá un baile en casa del prefecto de Costa de Oro, y me propongo ir con uno de mis amigos, que *desea conocerte*. Tu luto ha terminado, y nada se opone á que te distraigas un poco. Escribe en el acto, pues, á tu amiga, y ruégale que tenga á bien patrocinarte en el baile del prefecto, para el cual recibirás oportunamente una invitación. Allí te presentaré á mi amigo, que piensa en casarse, pero que, naturalmente, quiere verte antes en un terreno neutral Ponte en camino lo más pronto posible, engalánate, y consulta á tu amiga, que debe tener en esto más experiencia que tú. En fin, hermoséate, porque de ello depende tu futura felicidad. Apenas estés en Dijón, escribe dos líneas. Recibe un abrazo, y hasta muy pronto. – *Rogerio.*»

Jacobita, roja como una amapola, guardó bruscamente en su bolsillo el parte fraternal, y sin perder un instante escribió á la señora de Longeaux: era una amiga de convento, con la cual se había relacionado íntimamente y que acababa de contraer matrimonio con un consejero de la corte. La contestación no se hizo esperar; la joven señora de Longeaux manifestaba á su querida Jacobita que con el mayor gusto le dispensaría hospitalidad para conducirla al baile del prefecto.

Después de amontonar rápidamente sus vestidos en el fondo del cofre, la señorita de Noirel marchó á Dijón, poseída de una fiebre fácil de comprender.

He aquí ahora lo que había ocurrido en París: Rogerio de Noirel tenía muy presente su promesa, pero no se le ocultaban las dificultades que ofrecía el cumplimiento de la misma. Su hermano no era ni muy rico ni joven de gran atractivo, y no había que pensar en proponerla á un hombre de cuantiosa renta y de buena posición en el mundo sin exponerse á sufrir un descalabro sensible. Rogerio, como persona experta, quería para su hermana un partido conveniente y honroso, un hombre que no fuera muy joven ni tampoco de edad demasiado avanzada; en fin, uno de esos que son galantes y poco afortunados, que tienen ya nombre conocido, aspecto agradable, y que verían en aquella unión una ventaja positiva. Después de haber buscado largo tiempo este mirlo blanco, Rogerio tuvo la satisfacción de encontrarle.

En su ministerio había un agregado, el señor de Gurgis, con quien Rogerio mantenía relaciones de compañerismo mundano; era un célibe de cuarenta á cuarenta y cinco años, alto, elegante y de buen aspecto. Aunque calvo en la parte superior de la cabeza, conservaba detrás y en los lados bastante cabello castaño naturalmente rizado; el bigote bien poblado y la perilla comunicábanle cierto aspecto militar; los ojos, de color azul gris, algo salientes, eran de mirada fría; y la tez, algo marchita, presentaba ya ligeras arrugas, que se marcaban sobre todo en el ángulo de los párpados. Era hombre muy callejero y muy conocido en la sociedad, donde había tenido más de una aventura galante; pero decíase que le agradaban más los naipes que las mujeres, y su patrimonio estaba ya bastante mermado. En el tiempo en que comienza esta historia, Gurgis, cansado de placeres parisienses y acosado por sus acreedores, proponíase poner fin á esta situación é intrigaba para obtener un consulado.

Rogerio de Noirel, conocedor del caso, pensó que tal vez habría medio de explotar en beneficio de su hermana este deseo de hacer carrera. Gurgis, según le pareció, estaba en la situación del hombre bastante ambicioso para aceptar un matrimonio de conveniencia si éste podía asegurarle el destino que codiciaba; y por otra parte, con sus restos de belleza, su nombre y sus modales, el futuro cónsul sería un partido muy aceptable para Jacobita, que no tenía derecho á mostrarse escrupulosa y exigente en la elección.

Una noche que salieron juntos del Ministerio, Noirel enlazó su brazo con el de Gurgis y preguntóle sin ambages ni rodeos.

– ¿Quiere usted casarse, amigo mío?

– ¿Eh?, repuso Gurgis confuso. ¿A qué viene la pregunta? Ya sabe usted que soy un célibe endurecido... ¿Por qué me suelta usted ese petardo á quemarropa?

– Porque conozco sus intenciones, replicó Rogerio, mirando á su amigo de reojo. Usted desea un consulado, y tengo motivos para creer que un matrimonio allanaría todas las dificultades del nombramiento.

– ¡Noirel!, exclamó su compañero, deteniéndose de pronto y mirándole con cierta ansiedad. ¿De qué se trata?... Explíquese más claramente.

– Amigo mío, voy á jugar á cartas vistas... Antes de transcurrir un mes habrá un consulado disponible en uno de los principales puertos del Levante... Es buen destino, y yo tengo medios para conseguir que se le nombre á usted, si quiere casarse con una señorita que yo conozco.

– ¡Hum!, murmuró Gurgis con recelo. La píldora debe ser amarga, cuando la cubre usted de azúcar... Apuesto á que esa señorita es vieja, fea, ó... tal vez algo peor.

– ¿Por quién me toma usted?, replicó Rogerio resentido. No, la joven á que me refiero tiene veinticuatro años, es de excelente familia, ni fea ni hermosa, y llevará de dote cien mil pesetas en metálico sin contar un castillo situado en Borgoña.

– ¡Bueno, una provinciana!... Amigo mío, ya conoce usted mis aficiones... Me causa horror el campo y jamás pude vivir veinticuatro horas fuera de París.

– ¿Cómo se arreglará usted, pues, cuando se halle en su consulado?... ¡Vamos, Gurgis, nada de niñerías!... La señorita en cuestión, por otra parte, no desea más que salir de su provincia, y le seguirá adonde quiera... ¿Quiere usted ser cónsul? De esto depende todo.

– ¡Claro es que quiero!... Yo no soy bastante rico para vivir en París.

– Pues bien: consienta usted en casarse, y antes de un mes recibirá el nombramiento firmado por el ministro.

Gurgis comenzaba á reflexionar; la ocasión era tentadora.

– ¡Diantre, exclamó, yo me había prometido permanecer soltero!... ¿Y me jura usted, Noirel, que no se oculta alguna serpiente bajo las rosas del contrato de casamiento?... ¿Es esa persona de todo punto aceptable?

– Esa persona es mi hermana.

– ¡Ah!... Eso es distinto, balbuceó Gurgis algo

confuso... En tales condiciones, no podría menos de enorgullecerme entrar en su familia;... pero siendo el matrimonio un paso difícil, sin discutir las cualidades de la señorita no quisiera hacer nada á ciegas, tanto en su interés como en el mío... No tengo empeño en casarme con una mujer hermosa, pero desearía que su aspecto fuese agradable, puesto que deberé tenerla á la vista sin cesar... En su consecuencia, antes de comprometerme quisiera poder juzgar *de visu* si nos convenimos.

– Perfectamente... y ya había pensado en ello... El prefecto de Costa de Oro, amigo mío, debe dar de aquí á un mes un baile, al que asistirá mi hermana... Acompáñeme usted á Dijón, y le presentaré; allí hablará con Jacobita y sabremos de una vez á qué atenernos.

– ¡Diantre!... ¡Ciento sesenta leguas de ida y vuelta para asistir al baile de un prefecto es cosa muy dura!, objetó Gurgis, para quien la provincia era siempre un país salvaje é inaccesible.

– Me parece que la mano de mi hermana y un buen consulado valen la pena de hacer un viaje, replicó Noirel con sequedad. Bien mirado no es más que un paseo... El primer tren de la mañana nos dejará en Dijón á las seis; comeremos en *la Campana;* á las diez estaremos en casa del prefecto, y á las once volveremos á tomar el expreso, que llegará á París antes de rayar el día... Ya ve usted que el sacrificio no es grande, y á fe mía no me explico sus vacilaciones.

– Amigo mío, ya no vacilo, y me fío de usted.. Ya puede preparar el terreno, y llegado el día, estaré á sus órdenes. .

¿Quiere usted casarse, amigo mío?...

Después de esta conversación, Jacobita recibió la carta de su hermano; llegó á Dijón diez días antes del baile, y no perdió el tiempo, porque debía atender á todo. La inminencia de aquella entrevista, que tal vez iba á cambiar su existencia, trastornábala por completo; pasaba una parte de la noche pensando en ella, y los días recorriendo los almacenes de modas, sin omitir nada para «embellecerse,» según la recomendación de su hermano. Después de la primera inspección y de comparar los trajes á la moda con su modesto guardarropa, nada de lo que había llevado hasta entonces le pareció digno del pretendiente que esperaba.

Sonrojábase al pensar que se había contentado durante tanto tiempo con sus toscos vestidos y sus corsés de cutí; y los pedidos que hizo á los almacenes, al zapatero y á la modista disminuyeron mucho su bolsa, pero no le dolían tales dispendios. Aconsejada por la señora de Longeaux gastó un dineral en ropas, guantes, blondas y perfumería. La costurera le prometió un vestido que produjera sensación, y la salvaje Jacobita, que hasta entonces no había podido soportar ningún traje que la molestara, resignóse con una paciencia de ángel al suplicio de las pruebas. Durante aquellas largas sesiones, inmóvil delante de un armario de espejo, mientras dos costureras daban vueltas á su alrededor, poniendo alfileres y tomando medidas, la señorita de Noirel sufría un verdadero martirio; su sangre hervía, resentíanse sus nervios, sentía escozor en los brazos y en las piernas, y apenas osaba respirar, por temor de que se malograse la operación. Por último, después de las pruebas y de innumerables fatigas llegó el gran día. Todo había ido bien; los industriales fueron exactos, y á eso de las cinco la señorita de Noirel fué á sentarse al tocador; el peluquero arregló su cabellera rebelde, y la doncella oprimió su corsé. Todos estos preparativos la privaron del apetito y apenas comió, pero desde las ocho estuvo ya preparada para el ataque.

Entretanto el señor de Noirel y su amigo Gurgis corrían en el expreso que los llevaba á Dijón. Apenas instalados en el vagón, Rogerio se absorbió en la lectura de sus diarios y Gurgis comenzó á fumar. El tiempo era desapacible, una menuda lluvia azotaba los vidrios de las portezuelas, y vista á través de aquella humedad, la campiña pareció más desagradable y absurda á los ojos de aquel hijo de la gran capital, á quien se privaba de sus queridas costumbres para hacerle contraer un matrimonio hacia el cual no sentía mucha inclinación. Lanzando ligeras bocanadas de azulado humo hacia el techo del coche, y con la cabeza inclinada hacia atrás, Gurgis se había entregado á sus reflexiones.

«¿Qué va á ser de mí? Ese diablo de Noirel me ha seducido con la promesa de proporcionarme un consulado en Esmirna ó en Siria... y yo he aceptado sin reflexionar que tal vez hubiera podido obtener mi nombramiento conservándome célibe... Para que Rogerio se dé tanta prisa y para que esa señorita haya llegado á los veinticuatro años sin encontrar esposo, preciso es que sea de difícil colocación. Sin duda me enseñará alguna provinciana vestida como un mono sabio, rígida y con muchas pretensiones; y cuando la haya visto, no me molestará poco buscar un pretexto cortés para salir del compromiso, ariesgándome además á indisponerme con el hermano... Mucho temo haberme dejado engañar como un chiquillo. En fin, me he dejado coger en el lazo, y ahora se trata de salir de este atolladero con la mayor habilidad posible... Después de todo, tal vez la casualidad me reserva una sorpresa... ¡Una perla rara escondida en su concha, una violeta oculta bajo la hierba! ¡Hum!... Mucho lo dudo »

Rogerio había terminado la lectura de su último diario.

—Noirel, preguntóle Gurgis, ¿reside, pues, en Dijón su señora hermana?

– No; ha ido á visitar á una amiga... Mi hermana tiene costumbres muy sencillas, y desde su salida del colegio ha estado siempre en nuestras tierras del Val-Dormant.

«¡Una campesina, estaba seguro de ello!... dijo para sí el agregado.»

La conversación no pasó de aquí: Gurgis no tuvo ya curiosidad por saber si la señorita era rubia ó morena, alta ó baja. Persuadido de que la aventura iba á terminar ridículamente, poco le importaba el color del cabello ó de los ojos de la señorita de Noirel. En su consecuencia, encendió un segundo cigarro; mientras Rogerio sacaba un libro de su maletín, recogió uno de los diarios que su amigo había dejado caer y leyóle distraidamente, acomodándose en un ángulo del coche. Poco á poco la lectura y el movimiento del tren produjéronle una semi-somnolencia de la que no despertó hasta que oyó á su compañero exclamar:

– ¡Ya estamos cerca de Dijón, amigo Gurgis!

En efecto; el tren, después de haber franqueado ya el túnel de Blaisy se deslizaba entre dos altos muros pedregosos, perforados acá y allá, que permitían ver bajo el cielo crepuscular extensas praderas y árboles. Muy pronto divisáronse líneas de casas que flaqueaban el camino real, y sobre una agrupación de tejados, la esbelta flecha de San Benigno, que se destacaba orgullosa á gran altura cual si quisiera confundirse con las nubes. El ruido del tren se hizo más sonoro, y un prolongado silbido atravesó el aire brumoso. El expreso acababa de llegar á Dijón. Después de habérseles servido en el hotel de *la Campana* una abundante comida que consoló algo á Gurgis, haciéndole recobrar su aplomo, los dos viajeros se vistieron de etiqueta, y al dar las diez, uno de los ujieres del prefecto pronunció en voz alta sus dos nombres á la puerta del gran salón.

Jacobita, sentada en un ángulo junto á la señora de Longeaux, espiaba hacía ya media hora, esperando á cada momento ver entrar á su hermano. Las dos amigas se habían puesto de acuerdo para llevar trajes semejantes; mas la esposa del consejero, rozagante, esbelta y graciosa, parecía una joven con su vestido de muselina blanca guarnecido de rosas y su guirnalda de agavanzos ligeramente pendida en su cabello rubio. Jacobita, por el contrario, con sus facciones muy pronunciadas y su tez curtida, estaba mal en medio de tan vaporosas blancuras; en atención á su reciente luto, había creído conveniente adornarse la cabeza con una corona de violetas, y este detalle endurecía aún más la expresión de su rostro, haciéndola aparecer de más edad.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONCIERTOS TELEFÓNICOS Á GRAN DISTANCIA

Al decir de *The Electrical Engineer*, la transmisión de conciertos telefónicos á gran distancia constituye en América una industria explotada por una compañía de telegrafía y telefonía llamada *Long distance Company*.



Fig. 1. Concierto telefónico en Nueva York

Dos dificultades ofrece el problema de la transmisión á distancia de la piezas musicales: una relativa á la transmisión y otra á la recepción. En cuanto á la primera, para lograr un éxito satisfactorio es indispensable un transmisor especial para cada instrumento ó voz, so pena de obtener á la llegada sonidos resultantes cuyas proporciones de intensidad con los sonidos emitidos en el punto de partida aparecerán destruídas. La segunda dificultad, mayor todavía y que seguramente será el principal obstáculo á la propagación del teatrófono, nace de la necesidad casi absoluta en todas las transmisiones telefónicas hasta ahora usadas, de obligar al oyente á aplicarse al oído los receptores: esto resulta incómodo, y más tratándose de una diversión, amén de poco higiénico por las enfermedades que pueden contagiarse con tales aparatos puestos á disposición de cualquiera por una módica retribución. Para que las audiciones telefónicas produzcan cierto efecto es, pues, preciso suprimir esa obligación molesta.



Fig. 2. Audición del concierto en Newton

Los grabados que publicamos indican la forma en que actualmente se efectúan las audiciones musicales á gran distancia. La fig. 1 representa el lugar de transmisión de un quinteto ejecutado en Nueva York: cuatro distintos transmisores reciben el sonido de los cinco instrumentos, pues el cornetín de pistón y el contrabajo utilizan un mismo transmisor.

Esos transmisores microfónicos están provistos de grandes pabellones proporcionados á la intensidad de los sonidos emitidos por cada instrumento, y están dispuestos en derivación sobre una batería de acumuladores: cada uno de los circuitos constituídos por el transmisor encierra el circuito primario de un carrete de inducción especial. Los circuitos secundarios de estos carretes de inducción están aparejados en tensión entre sí y con la línea.

En tales condiciones, las fuerzas electromotrices de inducción desarrolladas en cada carrete de inducción se unen algebraicamente á cada instante y producen en el circuito general una corriente resultante, de intensidad variable y que representa fielmente la onda compuesta producida por las acciones individuales, en el transmisor correspondiente, de cada uno de los instrumentos, conservando cada uno de éstos en la onda resultante su verdadero valor relativo.

La fig. 2 representa la audición en Newton, á más de 200 kilómetros del punto de partida; allí, á la llegada se emplean, no teléfonos magnéticos, sino el lamado *loud-speaking telephone* de Edisson, aparato que se funda en las variaciones de roce producidas entre dos cuerpos por el paso de una corriente eléctrica y que toma de una fuerza motriz extraña el trabajo mecánico necesario para la vibración de la membrana, pues la corriente emitida por el punto de partida sólo sirve de regulador ó carrete para esa acción mecánica.

El número de receptores varía según las dimensiones del local en donde la audición se verifica: empleando seis *loud-speaking* en tensión provistos de bocinas proporcionadas, se ha conseguido hacer oir el concierto transmitido desde una distancia de 250 millas, á más de mil personas á la vez, y aun se han hecho experimentos á una distancia de 460 millas (736 kilómetros).

(De *La Nature*)

***

EL ACUMULADOR ELÉCTRICO ATLAS.

Este acumulador, recientemente presentado por M. R. V. Picón á la *Societé internationale des Electriciens*, pertenece á la clase de los pares secundarios plomo-plomo, pero se diferencia de sus congéneres por algunos detalles de construcción y sobre todo por su gran capacidad específica.

Constituyen la materia activa del acumulador Atlas ladrillos rectangulares achaflanados de peróxido de plomo y de plomo reducido, que ofrecen una solidez análoga á la de la tierra cocida y una densidad muy pequeña, próxima á cuatro, lo que es un indicio de su gran porosidad. Todos esos ladrillos están atravesados por numerosos agujeros perpendiculares á sus caras mayores, lo cual les da, especialmente á los positivos, mucha semejanza con los panes de carbón aglomerado.

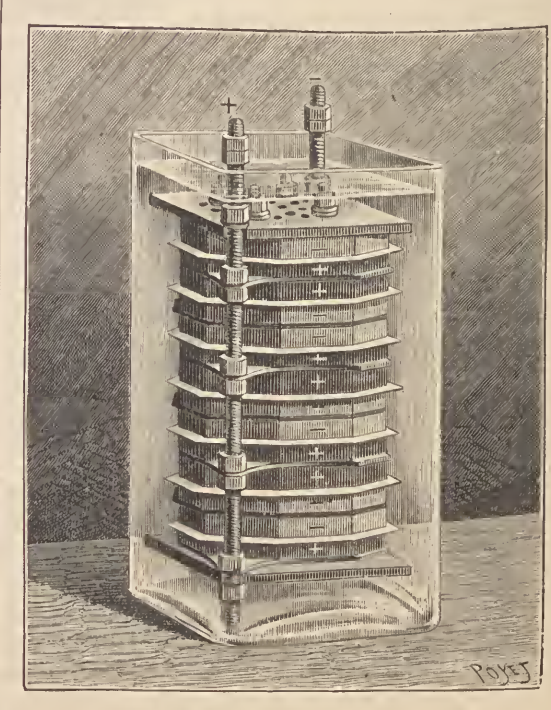
Estos ladrillos están superpuestos dos á dos, intercalándose entre dos de ellos de la misma naturaleza una delgada plancha de plomo que sirve de conductor y de toma de contacto: los de distinta naturaleza están separados por medio de láminas de celuloide que los aislan entre sí. Aquellas planchas y estas hojas tienen los mismos agujeros que los ladrillos y con ellos corresponden; de suerte que hecho el amontonamiento, los orificios forman otras tantas largas chimeneas verticales que facilitan la circulación del líquido y de los gases. Dos gruesas planchas de cristal ó de ebonita terminan la pila fuertemente asegurada por medio de cuatro tornillos, de los cuales dos son de ebonita y sólo sirven para consolidar el sistema, y los otros dos de plomo duro y en espiral en toda su longitud; estos dos últimos sirven para establecer las comuncaciones con las hojas de plomo intercaladas entre los ladrillos, por mediación de orejas practicadas en un lado solo de las planchas de plomo. Estas planchas están sólidamente aseguradas por medio de tuercas, como lo indica el grabado. El conjunto de las placas positivas y negativas forma un bloque muy manuable, en el cual aquéllas, que constituyen la materia activa, pueden obedecer al aumento de volumen, al *foisonnement*, según feliz expresión del malogrado Emilio Reynier, sin que á su movimiento se oponga la presencia de paredes incomprimibles. La composición homogénea de las placas asegura un *foisonnement* regular, compensado en el sentido vertical por una presión elástica obtenida por la interposición de rodajas de caucho flexible. Los muchos agujeros aseguran, por otra parte, el fácil acceso del ácido á las placas.

La fabricación de los ladrillos activos y el sistema de montaje son invención de M. Carlos Hering: el empleo de la presión elástica se debe á MM. Abdank-Abakanowicz y d'Arsonval.

La capacidad específica de los acumuladores Atlas es relativamente muy elevada, pues con un régimen de descarga moderado alcanza 20 amperes hora por kilogramo, lo cual se explica teniendo en cuenta que el conductor ocupa un volumen muy pequeño con relación al ocupado por la materia activa. El régimen de descarga varía, según la aplicación que se proponga y el espesor de los ladrillos, entre 1, 2 y 3 amperes por kilogramo.

Por lo que hace al régimen de carga, M. Picón preconiza, con razón, la carga de potencial constante y propone sustituirla á la de intensidad constante indicada por los fabricantes y empleada por los consumidores.

De los experimentos en apoyo de esta opinión hechos por M. Hospitalier en la Escuela de física y química industriales de París, resulta que con este sistema de carga, si bien no se gana nada en punto á producción, cantidad y energía, en cambio se gana mucho en la rapidez de la carga y se evita la carga excesiva y el desarrollo exagerado de gases, tan perjudicial para la conservación de los acumuladores. Adoptando el potencial de 2'3 volts por acumulador, la experiencia demuestra que en la primera hora de carga se pone en el acumulador el 50 por 100 de la carga total, y al cabo de tres horas el 83 por 100. Además, desde el punto de vista práctico la carga ó potencial constante exige una diferencia de potencial total menor que la carga de potencial constante; así, por ejemplo, para cargar una batería de 52 acumuladores en tensión, número de elementos generalmente empleados para alimentar lámparas de incandescencia de 100 volts, bastará una dinamo que produzca 120 volts, al paso que ésta debiera ser de 135 al fin de la carga para mantener la intensidad de carga constante. La carga ó potencial constante se completa en cuatro ó cinco horas, cuando con el régimen de carga ó intensidad constante se necesitarían ocho ó doce.



El acumulador eléctrico Atlas

He aquí, pues, una porción de indicaciones prácticas que podrán utilizar las personas que emplean acumuladores.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

DE PITÓN Á PITÓN, *por Sobaquillo.* – El ingenioso articulista, erudito literato, crítico perspicaz y escritor ultra-castizo don Mariano de Cavia, ha publicado con este título una colección de trabajos, que como todos los suyos justifican la fama literaria de que goza el autor de los suculentos *Platos del día* y de las chispeantes cuanto originales revistas de toros de *El Liberal.*

Aunque el libro se titula *De pitón á pitón*, no por ello con prevención lo miren los enemigos del espectáculo *nacional*; la tauromaquia no es más que el pretexto para escribir mucho y bueno sobre diversos asuntos de fina crítica; los toros son allí los caracoles, y el autor ya sienta en el prólogo y confirma en el artículo *Mis memorias íntimas* que no es propiamente escritor taurino, sino guisandero que más importancia que á los caracoles da á la salsa. ¡Así le resulta ésta! Pruébenla los que quieran pasar un buen rato y aun los que deseen aprender algo de lo mucho que el autor sabe, y de fijo se chuparán los dedos saboreando los primores del condimento.

Las ilustraciones profusamente intercaladas en el texto son como de Angel Pons.

Véndese el tomo, elegantemente editado por D. Fernando Fe, de Madrid, en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 3 pesetas 50 céntimos.

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Como todos los anteriores, son interesantísimos los cuadernos 15 y 16 de esta obra, que contienen además del texto cuatro fototipias representando una cabeza romana, el pie del órgano de la catedral de La Seo, un Apolo, y un fragmento de la torre de Santa María Magdalena.

TORRE COLOSAL
en el monte Pilatos
(Suiza)

Los periódicos suizos se ocupan en el proyecto de una torre colosal que se trata de construir en la cumbre del monte Pilatos, uno de los puntos más frecuentados por los que visitan Suiza, sobre todo desde que se inauguró el ferrocarril de cremallera.

Sabido es que la cima de aquella montaña está á menudo envuelta, aun en los días más despejados, por una espesa niebla que si bien es señal de buen tiempo en la comarca, priva á los turistas de una de las más hermosas perspectivas que en tanta abundancia ofrece la naturaleza helvética.

Minuciosas investigaciones han demostrado, sin embargo, que aquella niebla apenas se extiende 30 metros por encima del pico del Esel (2.193 m.), lo cual ha hecho concebir el plan de atravesar aquella brumosa capa por medio de una torre. Esta será de dobles paredes, construídas con planchas de acero, y tendrá la forma de un cono truncado con un diámetro en la base de 100 metros y de 40 en la cúspide á una altura de 280 metros.



ESTUDIO DEL PINTOR JORGE PAPPERITZ (Véase el artículo en la pág. 262)

En la plataforma superior, en donde se establecerá un restaurant, podrá haber cómodamente cuatrocientas personas y sobre ella se alzará una cúpula de 20 metros de alto. La altura total de la torre será de 300 metros.

Como la meseta que corona el Esel presenta una superficie demasiado pequeña, habrá necesidad de emplazar la base de la torre setenta metros más abajo de la cima de la montaña, de modo que aquélla comenzará propiamente en el *Hotel Bellevue*. La superficie, así exterior como interior, estará formada de láminas de acero remachadas entre sí, que se extenderán á derecha é izquierda en líneas espirales hacia arriba; de suerte que el aspecto general de la torre será el de un entrelazado gigantesco.

Entre la pared exterior y la interior habrá un espacio de 5 metros, que se aprovechará para el emplazamiento de un ferrocarril de cremallera construído por el mismo sistema del que está ya en explotación y conduce á los turistas á la cumbre del Pilatos. Al lado de la vía habrá un camino de dos metros de anchura para los que deseen verificar la ascensión á pie.

Este ferrocarril tendrá una longitud de 933'3 metros y llegará al extremo superior de la torre después de haber dado siete vueltas y media en el interior de la misma.

La ejecución de este proyecto colosal parece que será pronto un hecho, pues una sociedad de capitalistas ingleses ha tomado por su cuenta la empresa y se propone realizar todas las obras sin levantar mano hasta tener completamente terminada la torre y todos sus anexos para fines del año 1895.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 27 de abril de 1891 — Núm. 487

PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del corriente mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la Ilustración Artística, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La Ilustración Artística es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes á los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la Ilustración Artística es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la Ilustración Artística surten todos los efectos de un anuncio diario; porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicaremos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

POR CAZAR UNA MARIPOSA, *por Llopart*



1



2



3

COMO SE GANA UN MILLÓN



1.—Había probado cien negocios, sin resultado. En América hay que hacer reclamo, para ello se necesita dinero y yo no lo tenía; así discurría yo sentado en un banco del parque de Nueva-York.



2.—Por fin desesperado me levanté. Pero ¿qué había pasado? Acababan de pintar el banco y me había ensuciado por completo el traje. Costó gran trabajo limpiarlo, pero al mismo tiempo se me ocurrió una idea. Tal vez de ella dependía mi fortuna.



3.—A causa del poco dinero que tenía encargué á un grabador, un patrón, y á la mañana siguiente fuí pintando en todos los bancos del parque de Nueva-York, con letra vuelta al revés las palabras: «Tintura de Pump para quitar manchas.»



4.—Poco á poco vinieron los paseantes, y sin sospechar nada se sentaron en los bancos. Con interior alegría miraba el resultado de mi trabajo.

(Sigue en la página IV)

COMO SE GANA UN MILLÓN



5.—Todo iba bien. ¿Hay mejores carteles anunciadores que un matrimonio bastante gordo, que al volver á casa de fijo no sabía que iba llamando la atención para mi tintura?



6.—Cuando vieron esto se enfadaron no poco, pero se consolaron viendo en el chaqué mismo el anuncio de una tintura para quitar manchas, y de esta manera fueron mis primeros parroquianos.



7.—El reclamo surtió efecto, y mi tintura, que en su mayor parte se componía de agua, se vendía como el pan; de modo, que en poco tiempo me convertí en hombre de dinero.



8.—¡Sí, sí, señores míos! Así se hace. En América se encuentra el dinero en la calle y solamente se necesita que sepa uno recogerlo.